

Editorial

El discurrir de América Latina y el Caribe avanza en el marco de la profunda crisis global que agobia a la humanidad en general y al Planeta en particular, teniendo esta su punto de partida para el ámbito de nuestra región, en la llamada década perdida de los años ochenta. A ella sucedería el experimento neoliberal de los años noventa con los avatares económicos en los países que en ese momento tendrían el mayor producto interno bruto del Continente, como fueron Brasil, Argentina y México entre otros.

Si el hemisferio fue campo de ensayo para las políticas neoliberales que luego serían globalizadas al resto de los países con formaciones económico-sociales primarias, también el ritmo de aplicación fue mucho más corto resultado de la embestida popular a las medidas económicas de turno. La sociedad en su conjunto no estaría dispuesta a seguir soportando las calumnias políticas que los centros de poder mundial pretendían para los países latinoamericanos y caribeños.

En este contexto, cualquier diagnóstico que busque relativizar el marco de las democracias y de las instituciones que intentan emerger luego de la década de los noventa en el Continente tiene su punto de partida en los anticipos que significó el fraude del experimento neoliberal en cuestión.

Detrás de los programas de las instituciones heredadas del Bretton Woods se ocultaba toda la barbarie del gran capital que arremetería contra las economías más débiles. Todo lo anterior tendría también una expresión en la acción política. Para unos eran tiempos de redefinición de la democracia a secas y para otros, el de su profundización.

A lo que Habermas –invocando a Hannah Arendt– nos plantea como necesidad de un quehacer colectivo, en el sentido de entender la política

alejada de relaciones de dominio y de violencia, hoy esa apuesta sigue siendo pertinente si concebimos el tiempo histórico en una perspectiva de largo plazo y no de etapas caducas. Aunque siempre hay lugar para las involuciones toda revolución va acompañada de la regresión como amenaza. En mejores palabras, al hecho (revolucionario) lo acompaña el acecho de la deriva.

Vladimir Aguilar Castro

Director